

Socialismo y trabajo

por Manuel Espinoza Orellana

El titán Prometeo había dado el fuego a los hombres. Les enseñó a trabajar y les dio la inteligencia, distinguiéndolos así de los simples animales. Esta leyenda nos dice que el trabajo y la inteligencia son la piedra angular de la libertad humana. Prometeo había liberado a los hombres del tremendo poder de los dioses.

Corroborar el acierto de este mito griego, la comprobación irrefutable de la evolución histórica. El hombre se ha introducido en todos los dominios de la naturaleza, modificándola e incorporándola a su servidumbre. Pero en esta lucha constante en que sus fuerzas se han centuplicado ensanchando su poder y transformando su conciencia, ha olvidado la enseñanza mítica de Prometeo y ha convertido el trabajo en el signo de la esclavitud que degrada la humana existencia, y la inteligencia, en poco menos que una madrastra de la libertad.

Hacia la reivindicación del verdadero sentido del trabajo, avanza el moderno Prometeo de la historia, que asienta sus pies en la mediana edad del siglo XIX: el Socialismo.

El trabajo en la sociedad burguesa El desarrollo de la inteligencia y la integración de una poderosa espiritualidad humana, dependen de manera fundamental de la adecuada organización social del trabajo. Y esto, nadie podría negarlo jamás en propiedad. Desgraciadamente el correr del tiempo ha demostrado cómo se ha desvirtuado su elemental esencia.

Actualmente trabajar, es sinónimo de producir bienes mercantiles. Y el concepto de trabajo no escapa a otra definición que no sea la dada por la economía política. Tra-

baja el obrero en la industria 8 o más horas, y produce incansablemente objeto tras objeto, los que al salir de sus manos se convierten automáticamente en artículos vedados a sus propias posibilidades económicas de consumo. El campesino labora de sol a sol la tierra que no le pertenece; extrae de sus entrañas los productos que contribuirán a acrecentar la riqueza del latifundista; y verá escapar de sus manos doloridas, como girones de su propia humanidad, el producto de su trabajo. El obrero y el campesino son hombres alienados, enajenados, separados de su propia producción personal. Para ellos el trabajo se convierte en una carga, en una cruel e injusta imposición de la vida.

Las categorías económicas de la burguesía, han convertido el trabajo en un mero signo de la producción industrial. La organización económica de la sociedad, como producto obligado de la lucha del hombre con la naturaleza, ha devenido teoría. Como consecuencia de esto, se ha desarrollado una escala valorativa de conceptos, que ha venido desplazando vertiginosamente todo criterio de verdadera humanidad. Se piensa en razón del interés del dinero y el trabajo se mide por su producido en monetario. Por otra parte, la clase obrera y campesina dentro de este sistema, está condenada de por vida a trabajar por un salario de hambre.

La sociedad burguesa ejerce una presión coercitiva sobre nuestras conciencias, imponiéndonos la fuerza cotidiana de sus valores. Y esto, porque arrastramos nuestra existencia en un medio social inmerso en un volumen espeso de urgencias materiales, que nos hacen plantearnos diariamente una serie de problemas, todos los cuales insiden en la economía. ¿Po-

driamos no dar así, importancia a los valores que se deducen de esta ciencia, subestimando toda otra valoración interna de nuestra vida espiritual? Las luchas por la elevación de sueldos y salarios, que generalmente nunca llegan en la proporción adecuada. La pérdida del poder adquisitivo; la duración de la jornada de trabajo; las huelgas; la promulgación de leyes fiscales que lesionan aún más nuestros propios intereses; el presupuesto nacional; las reformas previsionales del gobierno; los préstamos extranjeros y sus insidencias en el desarrollo económico interno y por ende en la economía familiar, son preocupaciones constantes que están demostrando a cada paso la importancia de la valoración económica en la vida y organización de la sociedad. Si añadimos a ésto el enorme desarrollo de la técnica, puesta al servicio de la producción masiva y de la propaganda comercial, y que agudiza cada vez más la división del trabajo, generando la automatización deshumanizada, tenemos un cuadro completo, en que los diferentes factores se integran para producir en el hombre una imagen total de la vida, susceptible de ser mensurada exclusivamente por las categorías económicas.

El sentido socialista del trabajo

Ante este estado de cosas, el humanismo socialista quiere poner en pie el verdadero sentido del término trabajo. El marxismo se caracteriza fundamentalmente por reconocer que la humana realidad del hombre se constituye en la lucha social del trabajo. Para el marxismo, el trabajo es el imperativo categórico de todo ser que lucha por subsistir y por realizar el acto de su humana esencia vital. Es decir, que de acuerdo a ésto, el hombre se da la cultura no como un derivado o complemento a otras actividades de mera subsistencia material, sino como un móvil principal de su dignidad de ser consciente. "El Arte es goce que el hombre se da a sí mismo", —dice Marx. Pero ese goce es también un imperativo de su propio existir. La cultura es el producto del trabajo humano enriquecido de creación artística.

La historia nos da mil ejemplos a través de sucesivas etapas, de que al hombre no le ha bastado la mera subsistencia. Sus grandes realizaciones espirituales: La filosofía, la literatura, la música, la escultura, la pintura, etc., son pruebas concluyentes de un sentimiento humanista adherido a su sangre como el fuerte instinto de conservación. Contra ésto, la actual concepción del trabajo que la

sociedad burguesa ha extendido sobre los grandes sectores de la población, representa un crimen de lesa humanidad.

En todos los sistemas económicos: esclavitud, servidumbre feudal, capitalismo, ha habido grandes capas sociales que permanecieron al margen de toda vida cultural. Sin embargo, esta limitación propia de una jerarquización clasista, no ha impedido que muchos de los más grandes sostenedores e impulsores de la cultura y el saber, hayan pertenecido a estas capas humildes. Son sin lugar a dudas, excepciones que no pueden invalidar la crítica, que en el sentido expuesto se hace a estos sistemas. Por el contrario, demuestran que si en tales circunstancias, es dado encontrar dignificación espiritual y creación de valores culturales en algunos representantes de estos deshumanizados sectores, mayor es la razón para comprender cómo es necesario reivindicar la conceptualización del término trabajo.

Esto sólo es posible lograrlo, en una sociedad donde se hayan abolido las clases sociales: En la sociedad socialista.

La concepción socialista del trabajo, tiende a valorizar el principio de un humanismo totalista, en que el hombre pasa a ser un fin en sí mismo, tomado en su integral dimensión de sujeto material y consciente. Señala el valor de la actividad productiva del trabajo, como impulsador del bienestar económico, dentro de un esfuerzo colectivo, sin insidencias de tipo individual. Producción para el consumo y no para el provecho y la utilidad personal. Y como el trabajo más que una imposición coercitiva, debe ser la satisfacción de determinadas inclinaciones, cada individuo tendrá la posibilidad de perfeccionarse prácticamente, para el desempeño de funciones que estén en armonía con sus propios anhelos de realización.

Hay una conexión interna entre trabajo, educación y cultura. Y ésto, será la principal preocupación en la planificación socialista. Permitir que de esta tridimensional integración, florezca el hombre humanizado de la nueva sociedad.

Dentro de una concepción humanista, y en consecuencia socialista, el trabajo pasa a ser, de una carga impositiva que esclaviza, una recreación que dignifica y libera.

La transformación de los valores Se produce así, una transformación en las relaciones sociales y una nueva concepción de los valores morales y espirituales. La libertad fluye como la lógica

consecuencia de un estado de cosas, en que el hombre se ha rescatado a la alienación que le imponía, la concepción y práctica burguesa del trabajo. Ya no está más separado del producto de su esfuerzo personal. Deja de ser él mismo una mercancía vendida al capitalista, para transformarse en el realizador y creador de su propio destino. La cultura y el saber dejan de ser adquisiciones propias y exclusivas de una clase determinada, para transformarse en actividades que se integran de manera natural, al desarrollo social de toda la colectividad, como parte indisoluble del trabajo humano.

Al romperse las limitaciones de clase, la inteligencia del hombre se libera y se expande en toda la magnitud de sus posibilidades creativas. Así como el perfeccionamiento de las herramientas de trabajo y de las técnicas de producción trajo por consecuencia la separación del campo y la ciudad, la división del trabajo llevó también a la separación de las labores manuales e intelectuales. Esto permitió concebir la idea de que teoría y práctica eran dos dimensiones distintas de la realidad, que muy pocas veces podían coincidir. Por tal motivo, se consideró el trabajo del obrero manual como propio de determinados individuos, cuyas capacidades limitadas les indicaban la necesidad de conformarse en la práctica de oficios de tipo artesanal. Esto trajo como consecuencia la sustracción de grandes capas de la sociedad, a la vida cultural y a la comprensión de los grandes problemas que se debatían en las diversas sustentaciones ideológicas, que una minoría reducida había cultivado y desarrollado en profundidad.

La teoría y la práctica quedaban así divididas por un abismo insalvable, dentro de la sociedad capitalista. Para la clase obrera, transformada en carne de explotación masiva, al servicio del acrecentamiento de la industria moderna, era la ignorancia y el envilecimiento, que degrada el espíritu y aniquila el humano pensamiento. Para la clase dirigente, la riqueza y el poder que aumentan su refinamiento y les da acceso a las diferentes manifestaciones de la cultura.

La división artificial entre la teoría y la práctica, debemos buscarla en la base misma del sistema de producción capitalista. Dentro de él, el trabajo humano se transforma en mercancía. Mientras mayor es el volumen de la producción, mayor es la enagenación del obrero y su aniquilamiento como ser consciente. Es decir, que en el acto mismo de su trabajo productivo, está implícita la negación de su propio ser. No hay por lo tanto una con-

firmación de su esencia vital, en cuanto el resultado de su esfuerzo, la mercancía, le permanece exterior y se convierte en un objeto alienado, vedado a sus propias posibilidades de consumo. Por esto dice Marx con justa razón: "Es verdad que el trabajo produce cosas maravillosas para los ricos; pero para los obreros produce privación. Produce palacios; mas para el obrero produce tugurios. Produce belleza; mas para el obrero deformidad. Reemplaza el trabajo por maquinarias; pero algunos obreros son arrojados a bárbaros tipos de faenas, y los demás son convertidos en máquinas. Produce inteligencia; mas para el obrero, idiotez, cretinismo".

El fracaso de las ideologías reformistas La burguesía ha desproveído el concepto de trabajo de toda dignidad; lo ha deshumanizado convirtiéndolo en un mero instrumento del acontecer mercantil. Ante esto, la lucha que el socialismo debe librar para rescatarlo de su condición de servidumbre, le impone denunciar la invalidez de toda doctrina reformista, que se presente como posibilidad de transformar el contenido de las relaciones sociales, manteniendo la actual estructura capitalista de producción. Las ideologías reformistas eluden el planteamiento del problema en su raíz elemental. Parten de un hecho evidente para ellas: la libertad individual, basada en el derecho de propiedad privada de las fuentes de riquezas y de los instrumentos de producción. Es ésta la premisa inspiradora de todas las instituciones jurídicas de la sociedad burguesa. Sin embargo podemos constatar que la libertad que fluye del derecho de propiedad privada, es la libertad de una minoría; de los que efectivamente constituyen la estructura de la propiedad privada: Los dueños de la tierra y los dueños del capital. La concentración del poder económico, produce concentración del poder político y por lo tanto también concentración de la libertad en un reducido círculo social.

Esta limitación de la libertad afecta permanentemente al asalariado. Es decir, al gran sector de la población, para quien el derecho de propiedad privada y las leyes jurídicas que lo rigen, se convierten en una mera simbología abstracta, en cuanto no puede ampararse en ellas, porque nada tiene que defender. Tiene sólo su fuerza de trabajo, y ésta, como está valorizada en razón de las relaciones mercantiles de la compraventa, tampoco, como es obvio explicar, puede cobijarse en el derecho burgués de la propiedad privada.

Por ésto, los reformismos propugnados por las ideologías políticas de centro, están siempre destinados al fracaso. Sólo una transformación profunda de la estructura económico-social producirá un cambio en las relaciones de los individuos entre sí y por lo mismo, una nueva valorización de la fundamentación práctica del trabajo.

Dar al trabajo la calidad instrumental que la naturaleza le asigna, como medio de mantención y expansión de la especie, es un deber ineludible. Pero el hombre concreto ha sabido darse en el transcurso de su historia,

una perspectiva que sólo a él atañe como propiedad exclusiva de la especie: la dimensión humana de su conciencia. Y ésto ha incorporado a la concepción valorativa del trabajo, la doble exigencia de dar al hombre una existencia humanizada.

La liberación del hombre del poder de los modernos dioses de la sociedad mercantil, se plantea como una imperiosa necesidad de nuestra época. Hoy más que nunca es necesario volvernos hacia el mito de Prometeo, y no olvidar la sencilla sabiduría de su leyenda.

Lector:

Contribuya con su cooperación e iniciativa a difundir el pensamiento socialista. Suscribase o compre la Revista Arauco, a los agentes y corresponsales que se indican:

- | | |
|--|--|
| ANCUD: Guido Vidal, Casilla 24. | PANGUIPULLI: Ermegildo Rivera, Casilla 571. |
| ANGOL: Alfredo Valenzuela C., Casilla 92. | OFICINA PEDRO DE VALDIVIA: Aristides Aguirre, Bolívar 27. |
| ANTOFAGASTA: Eugenio Veloso, Cochrane 2109, Casilla 1155. | PUNTE ALTO: Rubén Cárdenas, Casilla 132. |
| ARICA: Filiberto Castillo Palma, O'Higgins 440 - Depto. 52. | PUERTO MONTT: Alberto Osorio, Casilla 96. |
| CALAMA: Manuel Miranda. Brasil 537. Población Independencia. | PUERTO NATALES: Angel Viano S., Municipalidad. |
| CAÑETE, David Nieto. Casilla 124. | PUNTA ARENAS: Luis Reyes, Casilla 353. |
| CASTRO: Enrique Soto. | SAN FELIPE: Adonis Sepúlveda, Santo Domingo 248. |
| CONCEPCION: Galo Gómez, San Martín 988, Depto. D. | SAN FERNANDO: Miguel Angel Aguilera, Chillán 261. |
| COPIAPO: Clodomiro Araya, O'Higgins 1021. | SANTA CRUZ: Manuel Coloma, Casilla 27. |
| CHILLAN: Humberto Espinoza. Casilla 635. | SEWELL: Luis Vergara, Sindicato Industrial. |
| CHUQUICAMATA: Luis Villalobos L., Staff 3, pieza 19. | TALCA: Hugo Casali C., 8 Norte 1261. |
| CURANILAHUE: Domingo Baeza, Casilla 35. | TALCA: Juan de Dios Riveros, 1 Norte 2250. |
| CURICO: Javier Bravo, Casilla 116. | TEMUCO: Armando Jobet, Avenida España 87. |
| IQUIQUE: Jorge Soria, Bolívar 541. | TÓCOPILLA: José Ramírez E. Casilla 1939. |
| LA SERENA: Daniel Acuña, Balmaceda 540. | VALDIVIA: Carlos Espinoza, Casilla 1041. |
| LA LIGUA: Luis Urtubia, Casilla 71. | VALLENAR: Jorge Núñez, Prat 1515. |
| LOS ANDES: Juan Leiva, Casilla 423. | VICTORIA: Cayetano Alarcón, Arica 1681. |
| LOS ANGELES: Luis Núñez, V. Vicuña 357, Casilla 234. | VALPARAISO y VIÑA DEL MAR: Eugenio Azócar, Agua Santa 550, casa 5. |
| LOTA: Emilliano Campos, Casilla 81. | SANTIAGO: Prensa Latinoamericana S. A. Estado 360, of. 6, 2º piso. Partido Socialista, Comité Central, San Martín 142. Lucio Escudero. |
| MOLINA: Orlando Zúñiga Z., Igualdad 2194. | |
| OSORNO: Renato Millas, Rincón del Libro. | |
| OVALLE: Luis Ernesto Muñoz, Casilla 16. | |

Valor de la revista, en todo el país: E° 0,30.

Valor de la suscripción por 12 números, para todo el país: E° 3,50.